

JULIO MERINO, UN PERIODISTA CORDOBÉS EN EL MADRID DE LA TRANSICIÓN

ROSA LUQUE REYES
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

RESUMEN

Hablar de Julio Merino González (Nueva Carteya, 1940) es hacerlo de un veterano periodista, “viejo zorro” curtido en mil batallas, casi siempre libradas en primera fila nacional. Y es también hablar de un consagrado escritor de temas candentes que, sin embargo, siempre acude a las fuentes de la historia, sabedor de que sólo mirándose en el pasado se puede explicar el presente con acierto, aunque sea para caer en los mismos errores. En una y otra faceta, más la de autor teatral –su verdadera pasión, que además de satisfacciones personales le reportó un Premio Nacional en 1973– Merino, que también fue Premio Nacional de Ensayo en 1966 y Nacional de la Crítica Cinematográfica en 1967, ha tenido el privilegio de asistir a los avatares y conquistas del país durante el último medio siglo. Todo lo fue contando a través de más de 10.000 artículos, setenta libros y un sinfín de biografías noveladas y guiones para televisión. En una prosa limpia, jugosa y siempre leal a su propio pensamiento, lo que le acarreó más de un disgusto, confiesa, en los convulsos años de la Transición española. Desde 1975 pertenece a la Real Academia de Córdoba como correspondiente por Nueva Carteya.

Palabras claves: Julio Merino. Transición española. Batallas periodísticas. Escritor. Madrid. Real Academia de Córdoba.

ABSTRACT

To speak of Julio Merino González (Nueva Carteya, 1940) is to speak of a veteran journalist, ‘old fox’ seasoned in a thousand battles, almost all fought on the nation’s frontline. At the same time it is to speak of a committed writer of burning subject matter who always returns to historical sources, in the knowledge that simply observing ourselves in the past can accurately explain the present, be it only to repeat the same errors. In both of them facets, plus that of playwright, his true passion, which, in addition to personal satisfaction, won him the National Literature Prize in 1973—Merino, who also won the National Prize for Essay in 1966 and for Literature Criticism in 1967, has had the privilege of witnessing the changes and conquests that have transformed the country for the last half century. He has documented it all in over 10.000 articles, seventy books, an endless stream of biographies in novel form an television scripts.

In transparent, risqué prose, always true to his own thoughts which, he confesses, got him into trouble on more than one occasion during the turbulent years of the Spanish Transition. He has been a member of the Royal Academy of Córdoba since 1975 as a correspondent of Nueva Carteya.

Key words: Julio Merino. Spanish Transition. Journalist battles. Whiter. Madrid. Royal Academy of Córdoba.

Julio Merino vivió la Transición en butaca de primera fila y a veces entre las bambalinas del teatro. Como periodista inició su carrera obteniendo el número uno de la promoción de 1964 en la Escuela Oficial de Periodismo, de la que además fue profesor hasta 1973 y fundador de su periódico, *Noticia*. Fue, sucesivamente, redactor de la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores; redactor del diario *Arriba*; redactor jefe del diario *SP* y redactor jefe del semanario *Servicio*. En 1969, cuando Franco designa a Juan Carlos sucesor a título de Rey, ya estaba de subdirector de *Pueblo*, aquel diario vespertino, fresco y aperturista dentro de un orden que dirigía Emilio Romero. Y allí seguía en 1973 cuando cae asesinado el almirante Carrero Blanco. En 1975 vive la muerte del dictador y la proclamación del Príncipe como Rey de España en la dirección de la agencia oficial de noticias *Pyresa*. La llegada de Adolfo Suárez a la presidencia del Gobierno le coge de nuevo como subdirector de *Pueblo*, adonde había regresado. Desde febrero de 1978 a julio de 1979 fue director de *El Imparcial* y como tal vivió el debate constitucional y el referéndum que aprobó la Constitución vigente. Cuando llegó el hundimiento de Suárez, el 23-F y la irrupción por mayoría absoluta del primer Gobierno socialista de la historia, con Felipe González a la cabeza, era director-fundador de *El Heraldo Español*. Antes había vivido las primeras elecciones catalanas como director de *El Diario de Barcelona* y asesor del Honorable Tarradellas.

Pocos periodistas vivieron la Transición tan en primer plano como lo hizo este cordobés que, según asegura, siempre ha llevado a gala serlo en la villa y corte de Madrid, donde reside. La suya ha sido una posición privilegiada para tomar el pulso al país en más de cuatro décadas, y así se afirma en la contrasolapa de su última obra publicada cuando escribo estas líneas (sin duda vendrán más, ya que tiene una treintena inéditas y otras en mente), *Jaque a España. Memorias de la Transición*¹. (subtitulada *Del consenso de 1978 a la ruptura de 2006*). Una ruptura que el periodista mide por lo que él llama dos “rubicones”: el Estatuto Catalán y el llamado “proceso de paz” en Euskadi. Se coincida o no con sus planteamientos -Merino es un hombre que, lejos de rehuir la polémica, parece que no le asusten nada sus zarpazos-, hay que reconocer que no cabe mayor actualidad política en un libro sobre una etapa histórica que para el autor comienza no con la muerte de Franco sino en 1969, cuando éste designa como su heredero a título de Rey al Príncipe Juan Carlos, y termina en 1982, al llegar el PSOE al poder².

¹ MERINO, Julio, *Jaque a España*. Ediciones Nueva República. Madrid, 2006.

² El autor ha abordado episodios claves de la reciente historia de España en otras muchas obras, tales como *Jaque al Rey* (Editorial Planeta. Barcelona, 1983), que fue el libro más vendido ese año; *Las vísperas del 23-F* (Editorial Plaza y Janés. Barcelona, 1984), *Todos contra la Monarquía* (Plaza y Janés, 1985), *Los socialistas rompen las urnas* (Plaza y Janés, 1985), *La tragedia de los generales españoles* (Plaza y Janés, 1985), *El otro Franco* (Editorial Espejo de Tinta. Madrid, 2005), *Las Cortes condenan al Rey* (Espejo de Tinta, 2005) y *Tejero, 25 años después* (Espejo de Tinta, 2006), entre otros libros.

Unos años de verdadera vorágine, y mucho más en la capital del país, que supusieron serios contratiempos al periodista, muy crítico con algunos aspectos de la gestión llevada a cabo por el presidente Suárez. Así los recordaba en una reciente entrevista que le hice en Madrid. “Yo con la dictadura nunca fui a los juzgados por motivos de libertad de prensa, y con la democracia tuve que acudir 127 veces, y una de ellas detenido y esposado. Ése es mi balance profesional”, se quejaba Merino, y resumía su experiencia en tres “anécdotas serias y reales”, como las define él, que le tocó vivir: lo primero, dice, le sucedió siendo estudiante en la Escuela Oficial de Periodismo (1961-1964), etapa durante la que el Claustro de Profesores se reunió cinco veces para expulsarlo “por rebelde y revolucionario”, lo que no le impidió ser el alumno más aventajado de su promoción, como queda dicho. Muchos años después, en 1980, perdió el cargo de director del *Diario de Barcelona*, al que había accedido pocos meses antes, “por no aceptar que los empresarios quisieran hacerme el periódico de cada día, incluyendo los títulos y la portada -afirma-. Me negué en redondo a ser un director “pelele” (como lo son muchos sólo por mantenerse en el puesto y seguir cobrando a final de mes). Y una noche, y por sorpresa, se presentó en mi despacho el presidente del consejo de administración con un notario para exigirme una dimisión por escrito, y como también me negué, al buen señor (que por cierto se llamaba Azorín de apellido, como mi admirado y maestro José Martínez Ruiz *Azorín*) no se le ocurrió otra cosa que sacar una pistola (¡Ojo, en mi despacho de director!) y amenazarme con dos tiros si no firmaba y me marchaba. El notario se asustó y salió corriendo como un gato escaldado y allí permanecimos aquel sujeto y yo durante casi una hora, y sin dejarme ni hablar con la Redacción ni por teléfono. Al final me dio asco la situación y pena por el periodismo y, no por miedo, cogí mis cosas, me marché directo al aeropuerto y no he vuelto a Barcelona”.

El tercer encontronazo profesional lo había tenido Julio Merino un año antes, en 1979, siendo director y accionista de *El Imparcial*, periódico alineado con la derecha que había adoptado una línea editorial muy crítica contra el Gobierno de Suárez. Así relata Merino el episodio:

“Una tarde me invitó a cenar con mucha urgencia el ministro de Hacienda, Francisco Fernández Ordóñez, porque tenía para mí un mensaje del presidente don Adolfo.

— Merino, no me voy a andar por las ramas. Adolfo me manda para decirte una cosa muy clara: o cesas en tus brutales críticas o te cierra el periódico. Sin más.

— Ministro, eso fue lo que hizo Franco con el *Madrid*, respondí yo a bote pronto.

— Por eso mismo me he opuesto yo al cierre. La democracia no se puede manchar con el cierre de un periódico... y yo no quiero ser otro Sánchez Bella.

— ¿La democracia?

Bueno, no voy a reproducir al pie de la letra aquella larga conversación-cena en el histórico Lhardy porque este no es el momento, ya la publicaré en algún libro. Pero sí voy a sintetizar el final. El ministro acabó ofreciéndome 200 millones a través de un crédito especial a fondo perdido para el día siguiente si yo aceptaba rebajar la crítica hasta el grado 7 de la escala Richter y no hablar para nada de tres temas: el tema de las autonomías (yo no estaba de acuerdo en absoluto con su “café para todos”), la situación interna del Ejército (que ya era un poco la que luego provocó el 23-F) y las relaciones de Suárez con el Rey (que en aquellas fechas ya no eran buenas). No acepté aquel pacto y el señor ministro se limitó a decirme: ‘Merino, y esto te lo digo como amigo, te aseguro que lo vas a pasar mal, muy mal. El Gobierno tiene mucho poder y muchos recursos para silenciar un periódico y a un periodista’. Y claro que lo pasé mal. Fueron cuatro meses terroríficos para mí, con 127 querellas interpuestas por los fiscales

del Estado, de las que, eso sí, salí indemne de todas judicialmente, aunque en una de ellas se llegó a acusarme de ‘incitación al asesinato’ por un artículo que se publicó en el periódico (y no mío) alertando a los presidentes del Tribunal de Orden Público franquista de los riesgos que corrían, teniendo en cuenta que ETA ya había asesinado a tres de los cinco que fueron”.

Sin embargo, algo más grave que desavenencias con el poder habría de pasarle al periodista en aquel tiempo, ya que sufrió dos atentados con armas de fuego, de los que asegura que escapó milagrosamente. “Nunca supe la autoría de los atentados ni nadie los asumió -afirma-. Así que el 29 de junio de 1979 mandé a la porra la dirección de *El Imparcial*, mi fe en la democracia y hasta mi pasión por el periodismo. ¡Si hasta me fui a ver al Rey para contarle mi situación!... Pero me di cuenta de que el ministro Ordóñez tenía razón: que un Gobierno tiene muchos recursos para acabar con un periódico incómodo. De hecho, tras mi salida sólo duró unos meses”.

Cada uno es hijo de su tiempo, y a Merino, que tenía 35 años cuando murió Franco, le ha tocado vivir media vida con la dictadura y otra media -aquella en la que dirigió periódicos de ámbito nacional- con la democracia. “O sea, que si soy hijo de aquel tiempo también lo soy de éste”, se defiende el periodista, un tanto ofendido por las acusaciones de hombre conservador e incluso reaccionario que se granjeó en su momento. “Algunos me llamaron ‘facha’ -responde dolido-. Pero también se me hizo otra acusación, porque *El Alcazar*, *Fuerza Nueva* y otros me tacharon de ‘rojo’. Y yo nunca he sido ni facha ni rojo”. Y añade que “la verdadera historia” de aquel *Imparcial* que dirigió casi dos años “es muy sencilla”: “El empresario que lo fundó en 1977 quiso hacer un periódico liberal, ni de izquierdas ni de derechas, y fichó como director al más grande de los directores posibles, don Emilio Romero -dice-, creyendo que el veterano periodista sabría interpretar mejor que nadie su filosofía. Pero no fue así, quizás porque en ese momento de su vida don Emilio tenía otros objetivos, y el primero de todos lavar su pasado franquista y demostrar que él era tan demócrata, al menos, como su paisano y amigo Adolfo Suárez. Con lo cual, y para que no hubiese dudas de sus intenciones, le dio la portada del primer número a Santiago Carrillo. Aquello no le gustó al empresario y, en resumen, don Emilio dejó el periódico a los dos meses de estar en la calle y al borde del cierre, porque en cuanto a ventas había sido un desastre (6.500 ejemplares). Entonces el empresario y sus socios me ofrecieron la dirección y yo acepté con la condición que siempre he puesto: yo acepto o no acepto la línea ideológica de la empresa, pero el periódico diario lo hago yo, sin interferencias de ningún tipo”.

Y así fue como Merino inició su andadura como director. Y explica: “Como tenía las ideas muy claras y ya sabía que estaba *El País*, dominando los sectores de izquierda o nuevos demócratas, y que estaba *El Alcázar*, dominando los sectores de la derecha y más franquista, yo me propuse situarme en el centro de ambas orillas, y además, haciendo honores a la cabecera del periódico, ser verdaderamente imparcial, hasta el punto de que ya de entrada fiché como columnistas diarios a Vizcaíno Casas y al cura Paco (que en aquellos momentos era miembro del Comité Central del Partido Comunista y de Comisiones Obreras). Aquello, lo del cura García Salve, cayó como una bomba en los medios de *El Alcázar* y hasta José Antonio Girón rompió conmigo. Para ellos fui ya siempre ‘el rojo’, ‘el traidor’. Así fue”. Los ataques de la otra orilla no le llegaron por motivos políticos, “como trataron de vestir el muñeco”, comenta con sorna, sino porque al año el periódico había alcanzado una tirada de más de 150.000 ejemplares diarios y eso, denuncia Merino, “molestó a muchos... y comenzaron a ponerme sambenitos y etiquetas. O sea, puros celos profesionales y competencias desleales”, lamenta.

Luego vivió otra disyuntiva que califica de “graciosa”, y que también le costó

bastantes enemigos, la de tener que elegir o defender a uno de los dos líderes de la derecha: Fraga y los unos o Blas Piñar y los otros. “Yo no lo dudé y puse el periódico casi a disposición de Fraga (hasta hice columnista a José María Ruiz Gallardón, entonces mano derecha de Fraga), porque en conciencia pensé que era el único que podía aglutinar a la España no marxista o no socialista o lo que fuese”, concluye.

Pero sus grandes caballos de batalla, los que le llevaron al enfrentamiento con el Gobierno Suárez e incluso con los demás periódicos de Madrid, fueron el tema de las autonomías y la Constitución y el tema de ETA y las víctimas del terrorismo. Respecto al primero, *El Imparcial* sostuvo frontalmente que no era bueno pretender igualarlas, eso que en medios periodísticos y políticos adoptó la expresión irónica del “café para todos”. La razón de tal posicionamiento la argumenta su entonces director afirmando que “eso dejaría siempre abiertas las ambiciones de las autonomías históricas; y ni mucho menos estaba de acuerdo en que se admitiese en la Constitución el término ‘nacionalidad’, puesto que eso sería a la larga tener que admitir la existencia de otras naciones además de la de España”. “Esta postura entonces fue como abrir el cajón de los rayos y sobre mí cayeron todos los anatemas -prosigue Merino-. Bueno, no sólo sobre mí, porque ese debate fue la causa de la ruptura con Suárez del *cerebro* Torcuato Fernández Miranda –el hombre que realmente ideó y planificó la transición de la dictadura a la democracia-. Y ahí están, pasados los años, los hechos: el café para todos no sirvió para resolver el problema catalán y menos el vasco”, afirma Merino.

Respecto al terrorismo y ETA, sus opiniones no eran y son menos contundentes: “*El Imparcial* defendió siempre, por supuesto en contra del Gobierno y de la prensa entregada –señala su ex director-, que no se podían tener contemplaciones con unos individuos que sólo se dedicaban a matar, y que un Estado de Derecho tiene recursos suficientes para combatirlo desde la legalidad más estricta. Pero, por encima de esto lo que el Gobierno no aceptaba era nuestra denuncia de su cobardía enterrando a los muertos, casi todos por entonces miembros de las Fuerzas de Seguridad, a escondidas, de madrugada o por calles con poco tráfico. Aquello era vergonzante, y así se hizo durante años con el beneplácito o el silencio de la prensa “democrática”. Y ahí están o debieran estar las hemerotecas”.

Sin embargo, no son malos o crispados todos los recuerdos que el periodista guarda de un oficio vivido intensamente hasta hoy mismo, en que, jubilado oficialmente desde 2000, al cumplir 60 años, mantiene una columna diaria en *La Razón* y multitud de proyectos literarios en la cabeza. La mayor parte de su memoria más grata corresponde a la etapa en *Pueblo* como mano derecha de Emilio Romero, a quien Merino considera su maestro, al igual que él lo sería después de toda una generación de renombrados periodistas. Llegó a *Pueblo* en 1968, cuando el diario de la tarde era ya el de más tirada de España. Entró como redactor jefe y así permaneció un año, hasta que el *Gran Jefe*, que es como se refiere a Romero cuando no lo llama *Don Emilio*, le hizo subdirector ejecutivo y le dio plenos poderes para dirigir la Redacción y hacer el periódico. “Y eso fue lo que me permitió conocer y dirigir a la plantilla de profesionales más importante de la historia del periodismo español de todos los tiempos –dice con una sonrisa de satisfacción-. Porque nunca, nunca, se habían congregado al mismo tiempo y en un mismo periódico la gente que allí se congregó. Entre 1965 y 1974 por allí pasaron José María Carrascal, José Luis Balbín, Felipe Mellizo, Gonzalo Carvajal, Pilar Narvión, Carmen Debén, Antonio D. Olano, Tico Medina, Alfredo Amestoy, Jesús Hermida, José María García, Raúl del Pozo, Juan Luis Cebrián, Carmen Rigalt, Julia Navarro, Rosa Villacastín, Rosa Montero, Jesús de la Serna, Martín Ferrand, López Negrín, Miguel Ors, Amilibia, Antonio Aradillas, Enrique Verdugo, Juana Biarnés, Raúl Cancio,

Antonio Casado, Aguirre Belver, Alejo García, José Luis Garci, Calviño, Gurriarán, Vicente Talón, Andrés Aberasturi, Dámaso Santos, Cándido, Máximo, Chico Pérez y -aunque me olvide de alguno- Arturito Pérez Reverte (todavía le recuerdo aquel día que llegó de Cartagena y Don Emilio me lo encomendó con gran cariño). ¡Dios, qué equipo, qué gentes, qué periodistas, qué escritores! Ahora que los recuerdo me siento el hombre más afortunado del mundo por haber trabajado con ellos. Pero, con ser importantes los nombres, más, mucho más, fue el espíritu que reinó en aquella Redacción, donde gracias a Don Emilio nunca se le preguntó a nadie por sus ideas políticas y convivimos peces de todos los colores”.

En aquella Redacción, comenta, no había relojes, ni horarios, ni días, ni noches, ni puentes, ni vacaciones. “Es más, aquellos redactores vivían más en la Redacción que en sus casas y muchas noches más de uno dormía como podía en un sofá rojo que ocupaba el mejor sitio de la Redacción. Y todavía más cuando llegaba un acontecimiento *gordo*, como fue el atentado y la muerte de Carrero Blanco, porque aquel día la mayoría, por no decir todos, comimos y dormimos al pie del cañón”.

Periodismo romántico en estado puro que además le permitió acercarse a los grandes personajes de la época. Entrevistó, entre otros, a Charles De Gaulle, Richard Nixon, el *Ché* Guevara, Muamar el Ghadafi, Jean Paul Sartre, la reina Federica de Grecia, Adolfo Suárez, Manuel Fraga, López Rodó, Silva Muñoz, Serrano Súñer, Tarradellas, el general Milans del Bosch, Fernández Miranda y Sabino Fernández Campos. De todos los que le dejaron huella profunda destaca a Ramón Serrano Súñer, “el hombre más culto y más sibilino que he conocido –apunta-, el que dominó a Hitler mentalmente y cautivó a Mussolini, el gran cerebro que Franco no soportó a su lado, seguramente por celos intelectuales. Hablar con don Ramón en su biblioteca o paseando por el Retiro de Madrid era un regalo de Dios”. También le impresionaron Fernández Miranda, “hombre que se inventó la Ley para la Reforma Política que Suárez se limitó a llevar a la práctica”, dice, y Tarradellas, primer presidente de la nueva Generalitat de Cataluña. “Le aseguro que oyendo hablar a aquel gigante físico (medía casi dos metros) de España y de Cataluña uno se hacía más español y más catalán –comenta-. Su Teoría del Ritmo Político me cautivó. Con hombres así, como también Sabino Fernández Campo -otra gran mente y otra personalidad fuera de lo común- la España de hoy y la de mañana habría sido muy distinta, para mejor”.

En cuanto a la censura, la dama negra que se paseaba por todas las redacciones con descaro, Merino defiende una opinión tan sincera como demoledora. Y reconoce lo obvio, es decir, que con el franquismo había censura oficial, aunque en los 60, cuando él llegó a la profesión, matiza, ya “no era tan cerrada como en las décadas anteriores”. “Todavía había un director general de Prensa que supervisaba todo y mandaba más que los directores de los periódicos. ¡Y ay del director que no hiciera caso a sus *consejos*. El Gobierno tenía que dar su visto bueno al nombramiento de cualquier director, aunque fuese de la empresa privada”. Pero, aquello, se apresura a añadir, “dentro de la hipoteca que es siempre una censura, tenía algo racional: todos los periodistas sabían muy bien lo que se podía publicar y lo que no, y punto”. Lo irracional vino después, “con la ansiada democracia”, lamenta en cierto tono de despecho. “Antes y después de la aprobación de la Constitución todos cantamos y celebramos la llegada de la libertad en general y de la libertad de prensa en particular... Y comenzaron a salir periódicos, revistas, nuevas emisoras de radio, nuevas cadenas de televisión... ¡Una orgía de libertad! Todo el mundo podía escribir o decir lo que le diera la gana, sin censuras oficiales, sin Ministerio de Información ni directores generales supervisores. Hasta que el verdadero capitalismo fue apoderándose, casi siempre en secreto, de los medios de comunicación, periódicos,

revistas, emisoras, televisiones... porque entonces surgió otro tipo de censura, en mi criterio más grave que la de antaño, la censura de los consejos de administración, de los accionistas, de las familias y amigos de los accionistas, de los poderes económicos, de las campañas de publicidad. Antes sabías de lo que no podías escribir, pero ahora no sabes nada, y te puedes quedar en la calle porque has escrito algo que perjudica a una empresa de un accionista de tu periódico, y todavía más, puedes ir castigado a los pasillos por haber hecho una crítica a una actriz, cantante o modelo que resulta que, en secreto, es la amante del presidente o consejero delegado de tu periódico. Al final los periodistas de base somos, ayer y hoy, pobres diablos que tenemos que vivir con el famoso dicho sobre el cuello: 'Esto son lentejas, o las tomas o las dejas'. Por eso me río de la libertad de prensa y de los periodistas que se lo creen ¿Dónde está la libertad?', acaba preguntándose desencantado.

A pesar de todo, de sus miserias y sus grandezas, este escritor de incontenencia letraherida y hombre sin pelos en la lengua, como queda visto, admite que el periodismo ha sido y sigue siendo su pasión. Y eso que, miembro de una familia humilde de seis hermanos y padres panaderos, el destino de aquel muchacho de la postguerra rural que estudió para maestro en Córdoba y acabó sacando el número dos en las oposiciones al Cuerpo del Magisterio Nacional en 1962, hubiera sido el de enseñar a niños en Nueva Carteya, su pueblo. Pero se cruzaron su espíritu rebelde y unas incontenibles ansias de saber que lo empujaron a plantarse en Madrid para estudiar Historia, una de sus mayores aficiones. Bueno, ésa y la del teatro, su auténtica vocación, porque ya se imaginaba de joven como un insigne dramaturgo cuando ni siquiera se le había pasado por la cabeza lo de ser periodista. En los dos años de maestro en Nueva Carteya se leyó todos los clásicos, desde los griegos Esquilo, Sófocles y Eurípides hasta Shakespeare pasando por Séneca³, a quien tanto admira que, además de saberse sus obras de memoria, le ha cogido prestado el nombre como pseudónimo en numerosas ocasiones⁴.

Matriculado en Filosofía y Letras, vivía de una plaza de maestro interino. Clases por la mañana en el colegio Huarte de San Juan, clases por la tarde en la Ciudad Universitaria de la Complutense, y por las noches teatro, recuerda. Vio todos los estrenos gracias a la claqué, que le permitía entrar gratis en todos los teatros. Fueron años duros, lejos de su familia, solo y con una anhelada gloria que se le resistía. Pero ni pudo estrenar las piezas que llevó a Madrid bajo el brazo ni encajó en la facultad ("Aquello era una jaula de grillos y "niños del Régimen", justifica). Así que se pasó al periodismo sin saber siquiera que existiera un centro universitario donde éste se enseñaba. "Un día que pasaba yo por la calle de Fuencarral, mejor dicho iba a conocer el café donde Cela escribió *La Colmena* -apunta- vi en un portal un letrado que decía 'Academia de Periodismo', y entré a informarme. Era una academia privada que preparaba a los que querían hacer el ingreso en la Escuela Oficial, que por aquellos años era más difícil que unas oposiciones para abogado del Estado. ¿Y sabe una cosa? El profesor que me atendió se llamaba Luis María Anson, que daba clases de *Historia de España y Política Internacional*".

³ Su obra *La tragedia de Séneca* obtuvo el Premio Nacional de Teatro Juan del Encina en 1973. Sin haber sido representada aún, la publicó a sus expensas en la segunda parte del libro *Séneca, víctima del tirano* (Ediciones Coimoff. Madrid, 1977). Dicha publicación incluye asimismo el texto del discurso leído por el autor con motivo de su ingreso en la Real Academia de Córdoba, centrado en la figura del clásico cordobés, así como una entrevista que en tal ocasión le hizo Carlos Miraz en el diario Córdoba.

⁴ Merino firma como "Lucio Séneca", entre otros trabajos, la novela *Las palomas de María Fernanda*, de carácter erótico. (Colección "Imposible", Ediciones M.P. Spalis S.L., impresa en Toledo en 2001). También firmó con este pseudónimo y como "negro" una biografía de Francisco Hernando *El Pocero* en 2004.

Terminó en la Escuela en junio de 1964 y se fue a hacer las Milicias Universitarias a Montejaque (Ronda), lo que le supuso perder los privilegios de haber sido número uno de la promoción y por tanto el derecho a elegir el medio donde trabajar que le facilitaban las normas de entonces. Cuando volvió en septiembre tuvo que empezar de cero, “aunque en seguida don Bartolomé Mostaza, que era el director de la Escuela Oficial de Periodismo y había sido uno de mis profesores –recuerda-, me nombró jefe de Prácticas. Luego, y haciéndolo compatible, comencé a trabajar en la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, y al verano siguiente dejé el ministerio y entré en el diario *Arriba* de redactor de sucesos, que era lo que nadie quería”.

Y así empezó una densa carrera periodística que no le impidió abordar otros muchos frentes literarios, casi siempre de la mano de la actualidad política y de la historia –sus aliadas de siempre-. Con ellas fueron llegando los reconocimientos: en 1966 el Premio Juan Valera, con categoría nacional, por el ensayo *Picotazos en la obra de Juan Valera*⁵; en 1967, el Premio Nacional de la Crítica Cinematográfica por una serie de artículos publicados en el diario *SP* –el primero que se hizo en España en offset y a color- con el epígrafe general de “Las apostasías de Virginia Wolf”, en alusión a la película del mismo título que interpretaron Liz Taylor y Richard Burton. Y en 1973 le dieron el Nacional de Teatro Juan del Encina por *La tragedia de Séneca*. Otras obras galardonadas, que nunca se publicaron ni se estrenaron, fueron *Las manos vacías* y *Los gusanos*. A Merino, sin embargo, la pieza teatral que más le satisface es la que tituló *Los últimos días de Napoleón Bonaparte*, por la que quedó finalista del Lope de Vega y que confiesa releer con el mismo placer que las biografías teatralizadas que escribió sobre María Antonieta, Wagner o Pérez Galdós, su autor favorito junto a Séneca. Y entre las novelas, se queda con *Spalis*⁶, ambientada en Nueva Carteya y en la que mezcla elementos mágicos y otros costumbristas con retazos de su propia infancia y juventud.

Y es que, aunque no se prodiga en visitas a su tierra, Julio Merino dice sentirse muy cerca de sus raíces cordobesas. De ahí que lleve a gala –y hasta haga imprimir en las mini-biografías que ilustran las solapas de sus muchos libros- su condición de miembro de la Real Academia de Córdoba. Ingresó en ella, como correspondiente por Nueva Carteya, el 11 de diciembre de 1975, siendo ya director de *Pyresa* y figura destacada del periodismo madrileño. Lo hizo con la lectura de un trabajo de 45 folios mecanografiados con los que, paradójicamente, se proponía desmitificar a quien es uno de sus grandes mitos, Lucio Anneo Séneca. Tituló su intervención, celebrada en un concurrido Círculo de la Amistad, *Séneca, el vía crucis de un moralista que se metió a político*, y con ella quiso demostrar que el ilustre cordobés “decía una cosa y hacía otra”, que quien reconoce como “el filósofo más grande que ha dado España” era por encima de todo “un hombre con virtudes y defectos, víctima de sí mismo y del tiempo que le tocó vivir, pues Séneca, por encima de todo humano –defendía Merino- retuerce su corazón y lo sacrifica al pie del altar del poder (...) Entonces, la muerte sólo es una liberación, la gran liberación”.

La pieza oratoria, que la prensa local calificó como “brillante y profunda”⁷, tenía,

⁵ Posteriormente, Merino publicaría *En torno a Don Juan Valera. Biografía orteguiana* (Editorial El Búcaro. Madrid, 1969), guiada por la pauta que Ortega y Gasset marcó en su libro *En torno a Galileo* y con prólogo de la historiadora Carmen Llorca.

⁶ MERINO, Julio. *Spalis. El gran secreto de España*. Colección “Imposible”. Ediciones M.P. Spalis, S.L. (Toledo, segunda edición, junio 2001). La primera edición corrió a cargo de Plaza y Janés.

⁷ La reseña del acto aparecía en el Diario *Córdoba* del 12 de diciembre de 1975, que también dedicaba

como todo lo de Merino, cierto aliento provocador. La dividió, respondiendo a su título, en “estaciones” –catorce en total- donde trazaba cierto paralelismo formal con el vía crucis de Cristo-. A lo largo de ellas desgranaba la ascensión y caída políticas de Séneca en la Roma imperial y, según la reseña que daba el *Córdoba* al día siguiente, fue “una lección magistral caracterizada por su valentía de planteamiento, que demuestra con hechos históricos que la vida política del gran pensador cordobés discurrió por caminos opuestos a la filosofía que predicaba”.

Ese mismo 12 de diciembre del 75, el citado periódico dedicaba su popular sección “Perfil del día”, que firmaba Azul (pseudónimo del periodista y sacerdote Antonio Gil) al ingreso de Merino en la Real Academia. He aquí el artículo, titulado “Séneca y Merino, dos cordobeses”:

“Se dieron la mano anoche en el marco de la historia con veinte siglos de diferencia pero con la misma ciudad como testigo: Córdoba. Se dieron la mano y el corazón. Dos cordobeses –Séneca y Merino- se empujaban por encima de todos los aplausos para recorrer juntos el sendero de la verdad. Séneca con la cruz a cuestas, Merino con la diadema de flamante académico. Las venas intelectuales y culturales de la ciudad se estremecieron por unos instantes. Luego corrió la sangre del sacrificio. Y al final, Córdoba sonreía –es decir, seguía amando- a estos dos hijos suyos, paisanos, amigos nuestros, por su desenfado, por su lucha, por su victoria. El triunfo de Séneca está en su obra; el de Merino en sus pasos difíciles, en su caminar, en su descubrimiento de un Séneca nuevo, más atractivo quizás, más humano, más cercano a nosotros que el ‘ilustre filósofo del mito’.

Córdoba ganó anoche la apuesta con su pasado y con su presente. Julio Merino no destruyó por destruir; destruyó por edificar. Creó un nuevo Séneca: el de sus obras escritas, que quedan ahí, como estela de resurrección, tras ese vía crucis amargo de los despojos de su vida.

La apuesta de la verdad, sencillamente. Pero en el difícil ring de la historia, que es donde la Real Academia libra siempre sus grandes batallas. Dos cordobeses dibujaron ayer el Perfil de una jornada con nubes y lluvia. Su clamor estalló en aplausos. Merino recorrió a lo largo de su discurso ese abismo que separa la obra y la vida de Séneca. ‘Me imagino que a los cordobeses todo esto no les hará mucha gracia’, declaraba el nuevo académico en nuestras páginas. Pero esta ciudad se siente depositaria de sus hombres como se siente depositaria de sus cosas siempre que no se las arrebaten. Y acepta que se cambien, que se transformen, siempre que se haga desde la acera de la verdad y del amor.

Julio Merino, buen catador de pueblos y de gentes -allá en su Nueva Carteya aprendió las virtudes y defectos de este mundo-, acaba de atravesar el dintel de la Real Academia de Córdoba. Con aire de aventura periodística quizás, ciñéndose el capote al máximo, sin más embrujo que el de unos datos que arañan tranquilos conocimientos, pero con exactitud, con oficio, con afanes de investigación, que ponen contrapunto de justicia a ese título de académico que se le entrega.

Séneca y Merino, dos cordobeses. Se dieron la mano anoche en el marco de la historia. Porque el futuro está en eso: en estrechar vínculos, en ‘recorrer juntos el camino’, en “el esfuerzo común” y en ‘la decidida voluntad colectiva’. Miles de cordobeses, con su vida y su obra a cuestas, hacen también su vía crucis de cada día, en la calle, en el taller, en la fábrica, en la oficina. Si Séneca creó el abismo, Merino no ha tenido miedo en atravesarlo. Más aún: se le ha aplaudido con fuerza el empeño. Toda

su sección “Perfil del día” a Merino y a su ingreso en la Academia.

una lección de otoño, es decir, de siembra, de esperanza”.

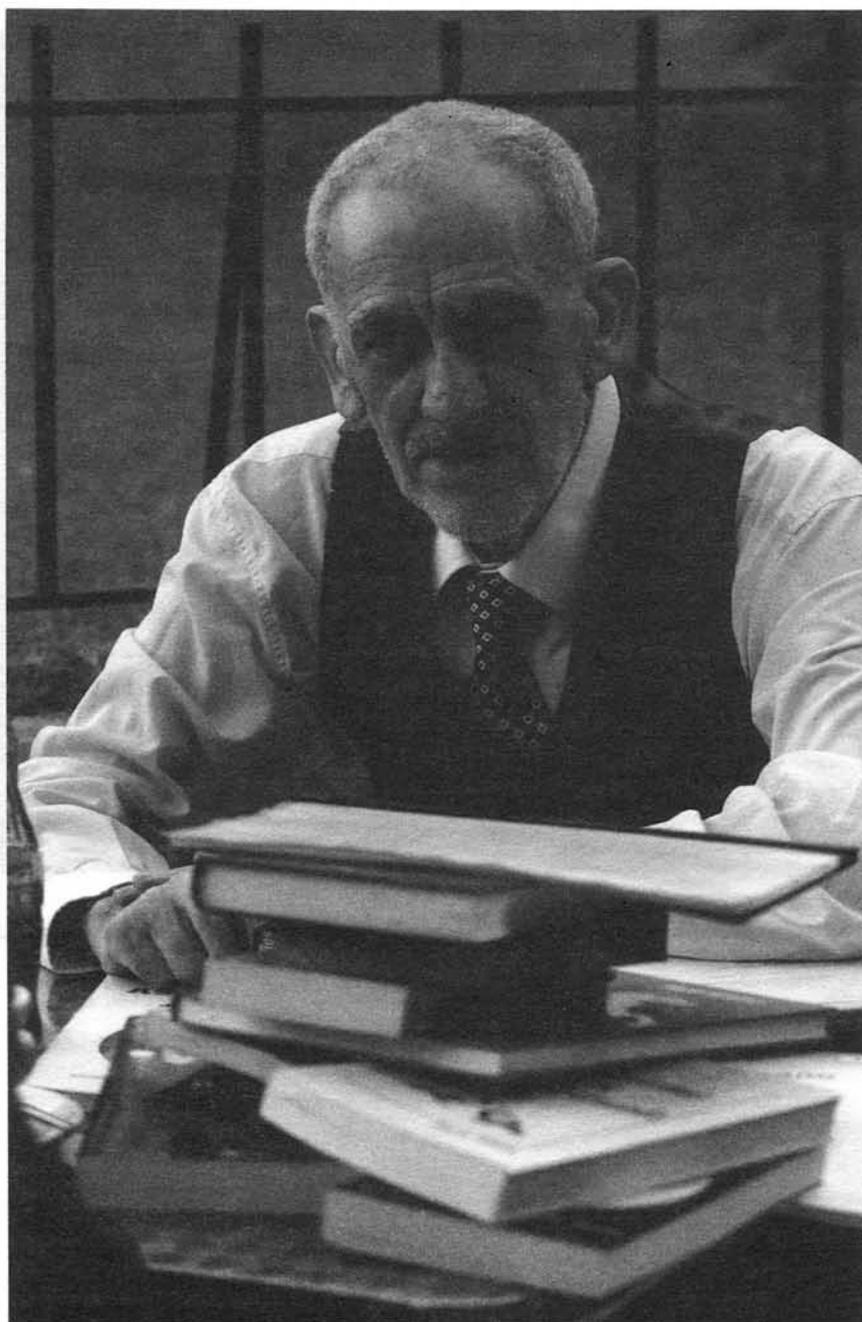
El nuevo académico, en una entrevista⁸ concedida a Carlos Miraz en el diario Córdoba, se mostraba agradecido a la docta institución que lo acogía y señalaba que, en su opinión “es misión fundamentalísima suya el mantener el patrimonio cultural de la provincia y el fomentar el interés de la gente joven por la investigación”. Y añadía que a la institución “deberían serle facilitados unos fondos con que financiar becas y ayudas para quienes quieran dedicarse exclusivamente a ello. Son un importante foco de cultura, pero es preciso que tengan más vida e inquietudes. Para mí –concluía– es un honor ser académico en mi tierra”.

En la noche de su ingreso, Julio Merino fue presentado por el entonces director de la Academia, don Rafael Castejón, verdadero artífice de su llegada a la institución. “Fue él quien me propuso el ingreso y él fue mi padrino –me confesaba recientemente–. Y cierto es que mientras vivió tuvimos unas muy buenas relaciones, casi siempre por escrito”. Pero, curiosamente, el primer encuentro entre ambos fue algo accidentado. Fue en Cabra en 1966, con ocasión de las fiestas, que precisamente pregonaba aquel año don Rafael, en el transcurso de una velada en la que se le hizo entrega del Premio Juan Valera. Merino tuvo que pronunciar unas palabras, y se puso tan nervioso que admite que “aquello fue una pequeña catástrofe. Cuando después habló don Rafael me dio un baño de mucho cuidado. No obstante, don Rafael habló tan bien, tan maravillosamente bien, de Juan Valera y de mi obrera, que me conquistó para los restos”, confiesa. A partir de aquel día le empezó a mandar todo lo que escribía sobre Córdoba o relacionado con su historia, hasta que en 1973 le envió su obra *La tragedia de Séneca*. “Me escribió una crítica preciosa –recuerda–. Pasó un tiempo y a finales de 1974, si no me falla la memoria, me mandó el recado, a través de un amigo común, don Alberto Morales, de que me proponía para ingresar en la Academia. Eso sí, me ponía la condición de que tenía que preparar un buen discurso de ingreso y sobre Séneca precisamente. Y así lo hice”.

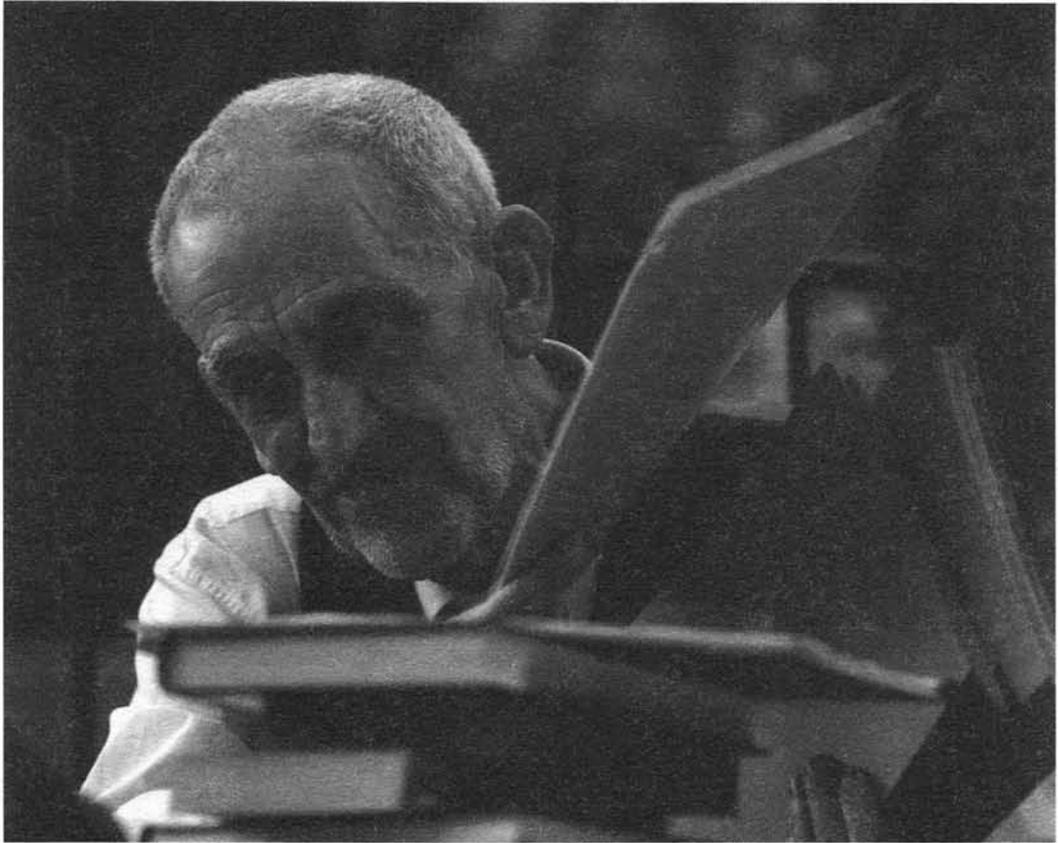
Años después Merino escribió cuatro ensayos sobre los que a su juicio son los cuatro cordobeses más importantes en lo filosófico y lo religioso: Séneca, Osio, Averroes y Maimónides, y mandó una copia a Castejón. Y relata Merino la siguiente anécdota: “A los pocos días recibí una nota manuscrita muy escueta: ‘Dos son muy buenos y dos muy superficiales. Arregle el asunto y yo haré lo posible por que se publiquen’. Y efectivamente los cuatro trabajos los publicó la Academia en 1977 con el título de *Las cuatro columnas de Córdoba* y un prólogo estupendo del propio don Rafael. A mí me enorgulleció que dijera estas palabras: ‘Este libro es un evangelio de cordobesismo’, porque eso definía mejor que nada mis sentimientos cordobeses”.

Estos, y otros muchos pasajes autobiográficos, forman parte de sus *Memorias íntimas*, una especie de testamento literario, escrito en rimas al estilo de Bécquer, cuya publicación desea que sea póstuma. Aunque los viejos periodistas nunca mueren, y Merino seguirá contando la vida, la suya y la de cuanto le rodea, hasta el final.

⁸ Trabajo periodístico ya citado, publicado en el diario *Córdoba* el 10 de diciembre de 1975, víspera del ingreso de Merino en la Academia.



El periodista Julio Merino en una fotografía tomada en septiembre de 2008 en Madrid, donde reside.



El periodista Julio Merino en una fotografía tomada en septiembre de 2008 en Madrid, donde reside.